

## INTRODUCCION

Una de las glorias del Venerable P. José Pignatelli, segun la Sagrada Congregacion de Ritos, fue el haber sido «dado de Dios para bien, salvacion y preservacion de la Compañía en medio de tantas y tan terribles calamidades con que se vio afligida.» Que la causa de haber padecido tan graves tribulaciones fue haber sido la Compañía reputada por la falange macedónica del Pontificado, y sus hijos por los granaderos y guardias de Corps del Papa, lo reconocieron y confesaron sus mismos enemigos, tributándole con esto el mayor de los honores que hijos y madre podían apetecer. De donde se siguió, que como los adversarios de la Iglesia tuviesen por irrealizables sus diabólicos proyectos de destruir y hacer desaparecer de la faz de la tierra la Cátedra de Pedro, en tanto que subsistiese aquella falange, y rodeasen al Vicario de Jesucristo sus fieles guardias, y sus valerosos granaderos le defendiesen; abocaron todas sus baterías y asestaron los primeros tiros contra la Orden religiosa, que le servía de baluarte.

Tres fueron las sectas que hacia mediados del siglo XVIII se declararon más abierta y furiosamente contra la Iglesia. La primera, cuyo origen y crecimiento data del siglo XVII, era la de los jansenistas. Católicos en apariencia, pero separados legalmente de la Iglesia cuyos hijos protestaban ser, negaban la aplicacion universal de los méritos del Redentor, y atribuían á la gracia de Cristo una fuerza irresistible que no se compadecía bien con la libertad humana: con lo cual inducían á los fieles á desesperar de su salvacion, infundiéndoles además una especie de fanatismo. Trastornaban el orden de la jerarquía eclesiástica, haciendo á los obispos iguales al Papa, á quien solamente concedían un primado de honor; por otra parte hacían á los párrocos iguales con los obispos, á los simples sacerdotes con los párrocos, y á los legos con los sacerdotes; pues á los simples fieles constituíanlos con-sacrificadores en el santo sacrificio, y atribuíanles el derecho de administrar los bienes eclesiásticos y de interpretar las sagradas es-

crituras<sup>1</sup>: todo lo cual relajaba los vínculos que unen á una parte de la Iglesia con la otra, é introducía la insubordinacion más absoluta en materias religiosas. Añádase á esto, que no admitiendo los jansenistas otro remedio para consolidar la union, que el Concilio Ecuménico, (sumamente difícil de convocar, y cuyas decisiones era imposible que se hiciesen con aquella uniformidad de votos que ellos exigían), resulta que el blanco de aquellos sectarios era introducir en la Iglesia una perpetua anarquía.

La segunda secta fue la de los francmasones. Sea lo que se fuere de su fabulosa antigüedad, y aun admitiendo la identidad de fin, de medios y de ceremonias con los Templarios y con los Maniqueos; parece fuera de toda duda que la moderna francmasonería, tal cual en nuestros días existe, nació en Inglaterra á principios del siglo XVIII, y fue el resultado de una innovacion elaborada desde 1703 á 1717, año en que la Logia de San Pablo de Londres tomó una «decision, que cambió la faz de la confraternidad» de los *Free-masons*, «y desde esta evolucion de la Logia de San Pablo data la era de la masonería moderna<sup>2</sup>.»

El fin de la masonería es establecer entre sus adeptos, y aun entre todos los hombres, la igualdad y fraternidad: igualdad, que debiendo subsistir entre personas de diferente y aun opuesto culto, se encamina al indiferentismo y está en oposicion abierta con la religion católica; fraternidad, que debiendo establecerse entre personas de muy diversas clases, es incompatible con toda jerarquía indispensable en toda sociedad bien ordenada<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Todas estas doctrinas se hallan aprobadas y artificiosamente sancionadas en el famoso Sínodo de Pistoia en 1786, y eran el completo desarrollo del plan adoptado en 1621 en la Conferencia llamada de Bourg-Fontaine, nombre de la Cartuja en donde se celebró. En ella San Ciran y otros corifeos de la secta en número de siete determinaron los cuatro puntos siguientes: 1.º Hacer inaccesible á los fieles el sacramento de la Penitencia y la sagrada Eucaristía; 2.º Admitir en la gracia una eficacia tal que destruya el libre albedrío, y negar la suficiente; 3.º Difamar á los directores espirituales que les hicieron resistencia; 4.º Atacar al Papa y después á la Iglesia, restringiendo la infalibilidad á solos los Concilios Ecuménicos y apelando del Papa al Concilio cuantas veces aquel anatematizase su doctrina.

<sup>2</sup> CLAVEL, *Hist. de la Masonería*, págs. 105 y 106. Véase la *Civiltà Cattolica*, 10 de Nov. de 1874.

<sup>3</sup> Los masones abrazaron desde los primeros tiempos de su existencia la moral materialista de Epicuro, como lo demuestra la pintura que de sí mismos nos han dejado en los siguientes versos:

*L' hereuse liberté  
à nos banquets preside;  
L' aimable Volupté  
à ses côtés reside:*

*L' indulgente Nature  
unit dans un Maçon  
le charmant Epicure  
et le divin Platon.*

Que la francmasonería se propagó con gran rapidez desde Inglaterra á los otros países de Europa, es cosa históricamente averiguada<sup>1</sup>. En Francia establecióse la primera logia en Dunkerke en 1721, y otra en París en 1725. En 1726 se introdujo en España por Gibraltar. En 1727 pasó de Francia á Portugal; pero en 1735 la Gran Logia de Inglaterra invadió á Portugal y quedó dueña del reino. En Piamonte, Saboya y Cerdeña existían en 1739 los francmasones, y en Florencia ya en 1733. Hasta en la misma ciudad de Roma establecióse un embrión de logia en 1742, á pesar de haber sido condenada la masonería por Clément XII en 28 de Abril de 1738. Fulminó contra ella un segundo anatema Benedicto XIV en 2 de Julio de 1751: y en el mismo año en España Fernando VI prohibió por real decreto de 2 de Julio «las Congregaciones de los Francmasones, debaxo de la pena de su Real indignacion y demás que tuviere por conveniente imponer á los que incurrieren en esta culpa<sup>2</sup>.»

Al mismo tiempo que la masonería forcejaba por establecerse en la península, el jansenismo, disfrazado con el nombre de regalismo, comenzó á dar señales de vida. «Amigos y enemigos,» dice Menéndez Pelayo<sup>3</sup>, «reconocen que el regalismo del siglo pasado no fue sino guerra hipócrita, solapada y mañera contra los derechos, inmunidades y propiedades de la Iglesia, ariete contra Roma, disfraz que adoptaron los jansenistas primero, y luego los enciclopedistas y volterianos, para el más fácil logro de sus intentos, ensalzando el poder Real para abatir el del Sumo Pontífice.»

Y más adelante (§. V) escribe que ya en el reinado de Fernando VI «el gérmen mortífero del espíritu del siglo XVIII vivía ó se inoculaba en España, aunque con más lentitud que en otras partes,» y «daba alguna señal de su existencia ya en arranques regalistas, ya en alguna leve punta volteriana que asoma en los escritos de los que más de cerca seguían el movimiento literario de Francia, ya en la primera aparicion de las sociedades secretas.»

Hemos dicho ya algo de los planes y tendencias del jansenismo y de la masonería contra la Iglesia: preciso es añadir á estas dos sectas infernales otra más infernal todavía, que parece haber nacido para resucitar todos juntos á los diferentes adversarios que la Iglesia desde su origen había tenido, á fin de coligarse contra ella y concurrir con

<sup>1</sup> *Civiltà Cattolica*, lug. cit.

<sup>2</sup> VICENTE LAFUENTE, *Hist. de las Sociedades secretas*, Tomo I, Cap. II, §. XVII.

<sup>3</sup> *Heterodoxos Españoles*, Lib. VI, Cap. I, §. II.

diabólica emulacion á destruirla hasta sus cimientos. Tal es la secta de los filósofos ó enciclopedistas, de la cual conviene que demos más extensa noticia, que de las otras dos, por el mayor influjo que ejercieron y aun hoy ejercen sus deletéreos principios.

Hacia la mitad del siglo pasado aparecieron tres hombres tristemente célebres, penetrados todos de un odio mortal al cristianismo. El primero fue Voltaire, nacido en París á 20 de Febrero de 1694, á quien, estudiando retórica, pudo ya profetizarle su maestro, el P. Le Jay, de la Compañía, que «sería el porta-estandarte de la impiedad.»<sup>1</sup> Refugiado en Inglaterra, uniósse á ciertos impíos, llamados filósofos, cuyos sofismas le fortificaron más y más en el odio que había concebido contra Jesucristo. Entonces fue cuando, segun Condorcet, hizo juramento «de destruir la religion,» y «cumplió,» añade, «su palabra.» Ya entonces decía «que estaba harto de oír repetir que doce hombres habían bastado para establecer el cristianismo; y que él estaba resuelto á hacer ver que bastaba uno solo para destruirlo.» Siguióse á Voltaire el impío D' Alembert, hijo de Madame de Tencin, religiosa apóstata, y de padre desconocido, de quien solo se sabe que tuvo trato incestuoso con la madre del filósofo. Tuvo la desgracia de conocer á Voltaire, y de competir con él é igualarle en el odio á la religion cristiana. El tercero fue Federico II, rey de Prusia, á quien los filósofos llamaron el Salomon del Norte; y hubiera podido serlo, á no haberse dejado alucinar tanto por los mismos que le honraban con aquel título.

Voltaire aborrecía la religion por envidia á su divino autor y á todos los héroes que la ilustran; D' Alembert, porque tenía un corazon insensible é incapaz de amar cosa alguna; y Federico, porque solo conocía el catolicismo por el trato y comunicacion con sus adversarios. Á estos es preciso añadir á Diderot, que odiaba la religion porque estaba loco por la naturaleza; y gustaba más de forjar desatinos é inventarse él mismo sus misterios, que de someter su entendimiento al yugo de la fe divina. Voltaire fue el jefe de una gran conspiracion contra la Iglesia; D' Alembert fue su agente más astuto; Federico, su protector y consejero; y Diderot, el hijo perdido. La contraseña de los conjurados fue esta: «aplstar al infame,» esto es, á Jesucristo y á su Iglesia.

Los planes de la secta contra el altar y el trono, y los medios que para realizarlos pusieron por obra, los descubre un testigo tan poco sospechoso como Condorcet con las palabras siguientes:

«Bien pronto se formó en Europa una clase de hombres ocupados

<sup>1</sup> BARRUEL, *Compendio de las Memorias etc*, Tomo I, Parte 1, §. I.

no tanto en descubrir ó profundizar la verdad, como en extenderla; quienes dedicándose á destruir las preocupaciones (*esto es, la religion*) en los asilos donde el clero, las escuelas, los gobiernos y las antiguas corporaciones las habían acogido y protegido, ponían toda su gloria en destruir los errores populares (*las creencias religiosas*), más que en aumentar los conocimientos.»

«En Inglaterra Cólins y Bólimbroke, en Francia Bayle, Fontenelle, Voltaire y Montesquiéu y las escuelas formadas por estos hombres, combatieron á favor de la verdad (*del error*) empleando unos y otros las armas que la erudicion, la filosofia, el ingenio y el talento de escribir pueden suministrar á la razon, tomando todos los tonos, empleando todas las formas, desde el estilo jocoso hasta el patético, desde la recopilacion más sabia y más extensa hasta el romance ó folleto diario; cubriendo la verdad (*la impiedad*) con un velo que se acomodaba á los ojos débiles y dejaba el placer de adivinarla; acariciando con destreza las preocupaciones para descargar con más acierto los golpes; no amenazando jamás á muchas á un tiempo ni á una sola en todas sus partes; consolando algunas veces á los enemigos de la razon, cuando aparentaban no desear sino una semi-tolerancia en religion y en política una semi-libertad; adulando al despotismo cuando combatían los absurdos (*los principios*) religiosos, y al culto cuando se levantaban contra el tirano (*el monarca*); atacando estas dos plagas en su principio, al mismo tiempo que aparentaban habérselas con los abusos escandalosos ó ridículos; y golpeando las raíces de estos dos árboles funestos, cuando parecían limitarse solo á cortar algunas ramas extraviadas; ya enseñando á los amigos de la libertad que la supersticion (*la religion*), que cubre con impenetrable escudo al despotismo, es la primera víctima que deben sacrificar y la primera cadena que deben romper; ya tambien por el contrario denunciándola á los déspotas (*á los reyes*) como la verdadera enemiga de su poder y amedrentándolos con el cuadro de sus hipócritas tramas y de sus furores sanguinarios, pero sin cansarse nunca de reclamar la independencia de la razon y la libertad de escribir como un derecho y la salud del género humano... Tal fue esta nueva filosofia<sup>1</sup>.»

Todo esto es de aquel discípulo de Voltaire. Fue tal la rapidez con que se propagó por toda Europa la mal llamada filosofia, que su corifeo, Voltaire, pudo en 1763 escribir á Helvecio: «Estad seguro que la Europa está llena de hombres racionales y que abren los ojos á la luz.

<sup>1</sup> *Esquise d' un tableau historique des progres de l' esprit humain*, par CONDORCET, époque 9.

En verdad es ya prodigioso su número; y de diez años á esta parte no he visto á un solo hombre honrado, de cualquier país y de cualquiera religion que fuese, que no piense absolutamente como vos.» Y pudiera muy bien haber añadido que no había príncipe alguno que no se viese rodeado de algun ministro filósofo, con la circunstancia de gozar ordinariamente el tal ministro del favor de su soberano. Filósofo era Carvalho en Portugal; filósofo Choiseul en Francia; filósofos en España el duque de Alba y el conde de Aranda, á quien no se cansó Voltaire de alabar en verso y en prosa por los buenos servicios que prestó á la causa de la filosofía<sup>1</sup>.

Tal era el estado de Europa á mediados del siglo XVIII. La resistencia particular que los planes de los impíos hallaban en la Compañía de Jesús, les hizo comprender que no les era posible socavar los cimientos de la Iglesia y asestar el golpe mortal en su corazón, si primero no quitaban de en medio á sus más decididos defensores. Ya un apóstata célebre, el veneciano Fra Páolo Sarpi<sup>2</sup>, había dicho en el siglo anterior: «No hay nada más esencial que arruinar el crédito de los jesuitas: porque arruinándolos, se destruye á Roma; y una vez destruído el poder de esta capital, la religion se reformará por sí misma.» Igual necesidad reconocieron los jansenistas: y lo que por sí solos no pudieron obtener, lo alcanzaron ahora con el auxilio de los filósofos y francmasones, como se irá viendo en el decurso de la presente historia.

<sup>1</sup> Véase á MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos Españoles*, lib. VI, cap. III.

<sup>2</sup> *Hist. del Concilio de Trento*, traduccion de COURRAYER, edicion de Londres, 1736, en la vida de Fra Páolo, al principio de la obra.

## PRIMERA PARTE

EL V. P. PIGNATELLI

Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SU EXTINCION

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez